

Capítulo 22

Cioran, España y los formadores intelectuales de Fernando Savater

*José Luis Álvarez Lopeztello
Universidad Autónoma del Estado de México*

*“Tengo un auténtico culto por España. Me gusta de España
toda la locura, la locura de los hombres, lo
imprevisible. [...] Es el mundo de Don Quijote.”
Emil Cioran, Conversaciones*

<https://doi.org/10.61728/AE20256203>



Se ha escrito tanto (¡y tan bien!) acerca de Emil Cioran que uno no puede más que preguntarse —intentando disimular el sonrojo— sobre el sentido o, peor aún, acerca del sinsentido de contribuir al ingente pulular de literaturas de vulgarización que el perverso Estado demanda para la formación y el entretenimiento de sus multitudes. Quiéralo o no, esta disertación —mal que me pese— al pretender dar cuenta del pensador rumano-francés terminará por trivializarlo hasta tornarlo superfluo o quizá vano, pues, una vez atrapado por las férreas garras pedagógicas, se mudará en pasto para las masas, a las que irremediablemente pertenece.

Poco importa que Cioran no sea un personaje popular: también al género de impopulares suele degenerar —para su asimilación— la nefanda industria cultural. En efecto, la domesticación es el arma más eficaz de que se sirve el Estado para desarmar el carácter desmandado de los pensadores iconoclastas: “[...] los herejes sirven para *consolidar* el dogma. [...] La heterodoxia, pues, sirve de dinamizador a la ortodoxia: la pone en marcha, la alimenta y la anima. [...] Gracias a ellos, el dogma deja de bostezar y languidecer para apretar enérgicamente los dientes”.¹ Sabedor de esto, Cioran, en una conversación con Jean-François Duval, expresó abiertamente su rechazo hacia los trabajos académicos que pretendían hacerle objeto de estudio. “¿*Le desagradaría que hubiera tesis universitarias sobre su obra?* Hay algunas [increpa Cioran], pero yo estoy contra las tesis, estoy contra ese género. Soy enemigo, incluso, de la universidad. La considero un peligro, la muerte del espíritu”.² Cioran vaticinó que en algún momento podría ser fagocitado por la filosofía oficial que tanto despreció. No obstante, aun a sabiendas de su recelo por los menesteres académicos, en mis arranques de entusiasmo, me he sentido tentado a aplicarle las líneas que escribió a propósito Jorge Luis Borges.

La desgracia de ser *conocido* se ha abatido sobre él. Merecía algo mejor. Merecía haber permanecido en la sombra, en lo imperceptible, haber continuado siendo tan inasequible e impopular como lo es el matiz. [...] A partir del momento en que todo el mundo le cita, ya no podemos citarle o, si lo hacemos, tenemos la impresión de

¹ Fernando Savater, “Dos heterodoxos ejemplares: E. M. Cioran y A. García Calvo”, en *Heterodoxias y contracultura*, p. 84.

² E. M. Cioran, *Conversaciones*, Tusquets, Barcelona, 2012, p. 33.

aumentar la masa de sus “admiradores”, de sus enemigos. Quienes desean hacerle justicia a toda costa no hacen más que precipitar su caída. Pero no sigo, porque si continuase en este tono acabaría apiadándome de su destino. Y tenemos sobrados motivos para pensar que él mismo se ocupa ya de ello.³

Sin embargo, una vez recuperado de mi arrobo por Cioran, recuerdo que no es tan popular como suelo fantasear. Mas lo que sí es cierto es que ha sido víctima del cotilleo de intelectuales malintencionados: su vida ha sido blanco del chismorreio literario. Basta mencionar el libro: *Cioran, Eliade, Ionesco. El olvido del fascismo*,⁴ de Alexandra Laignel-Lavastine, o las maliciosas páginas que George Steiner escribió sobre él en *The New Yorker*.⁵ Cabe aclarar que los escritores referidos no son los únicos que (ignorando su lucidez) pretenden tachar su nombre de la Historia de la Filosofía. Pese al reconocimiento de algunas de las mentes más preclaras de este —y del siglo pasado—, Cioran continúa siendo sistemáticamente ignorado por bastantes filósofos célebres. Alain Badiou, por ejemplo, no lo menciona en su *Panorama de la filosofía francesa contemporánea* (Errata naturae, Madrid, 2010); Rüdiger Safranski lo parafrasea reiteradamente en *El mal o el drama de la libertad* (Tusquets, Barcelona, 2014), pero sin aludirle ni una sola ocasión. Y, aunque hay una excepción a este metódico olvido en el *Antimanual de filosofía* de Michel Onfray (Edaf, Madrid, 2011), este filósofo apenas le dedicó una página. Es como si alrededor del globo se hubiese confabulado en contra suya, relegándolo al más sepulcral de los silencios. Como señaló Jacques Le Rider, en una entrevista con Ciprian Vălcan: “Yo veo en él a un quemado en la hoguera de la historia de Rumania y de Europa central del siglo XX”.⁶

Aunque conviene tener en cuenta que a Cioran poco le importaba la estima de los profesionales de la filosofía: su animadversión era recíproca, se censuraban mutuamente. Cioran se divertía especialmente con la

³ Cioran, *Ejercicios de admiración*, Tusquets, Barcelona, 2007, p. 154.

⁴ Cfr. Catalina Elena Dobre, *Encuentro con Cioran*, Corinter, México, 2007, p. 67.

⁵ George Steiner, Robert Boyers (ed. e introd.) *George Steiner en The New Yorker*, Fondo de Cultura Económica/Siruela, México, 2009.

⁶ Jacques Le Rider, “Sobre Cioran”, en Ciprian Vălcan, *Cioran, un aventurero inmóvil*, Universidad Tecnológica de Pereira, Pereira, p. 147.

logomaquia de los filósofos. Según refiere, su originalidad estribaba en ser prestidigitadores de términos. Lejos de propender hacia la sabiduría, se entregaban a la sinecura semántica: eran, en suma, unos saltimbanquis verbosos. En este sentido, es más que obvio que Cioran se deleitaría con su excomunión de los anales de la filosofía. Recordemos que, para él, ser filósofo no representaba ningún timbre de gloria, más aún, "... morir siendo un filósofo es una vergüenza que la muerte no puede borrar. Quien no vence a la filosofía me parece un ser derrotado. Quedarse toda la vida entre filósofos es permanecer por los siglos de los siglos *en medio*, hundirse en la mediocridad como en un destino".⁷ Así, su exclusión de la Filosofía no fue su fracaso, sino su triunfo. Para quien se rebeló *contra la Historia*, ser ninguneado por los listillos, más que ser motivo de lamento, lo es de regocijo: de esa manera escapó de las aciagas páginas históricas que, a modo de aparadores, exhiben a cualesquiera personajes cual especímenes disecados.

Ahora bien, luego de estas glosas, al menos un par de interrogantes me parecen obligadas: ¿Qué objetivo tiene escudriñar en las letras de un pensador tan privado como renuente al escrutinio? ¿Y cuál es el sentido de dialogar sobre un filósofo que tácitamente se declaró como no-filósofo? En lo concerniente a la primera cuestión, en mi opinión, hay bastante de común entre las letras de este pensador privado. Considero que en su prosa fulguran asomos del común razonar. "A Cioran le gusta pensar como lo hace una portera, no solo para que esta lo comprenda, sino porque en el fondo ella tiene los mismos problemas ontológicos irresolubles que él".⁸ Pienso que gracias a sus escritos podemos arrojar claridad sobre las lacras que nos laceran subterráneamente y que él tuvo la maestría de sacar a la luz: exhibió la fragilidad y la estulticia humana. "Al leer sus obras puedes tener la sorpresa de descubrir tu desnudez espiritual, porque Cioran te deja la impresión de que te lees a ti mismo como un diario de tu alma y no sabes qué vas a descubrir, pero la intensidad de los mensajes es tan poderosa que continúas leyendo para descubrir la aventura que es tu interioridad".⁹ Es preciso señalar que Cioran sabía

⁷ Cioran, *El libro de las quimeras*, Tusquets, Barcelona, 2013, pp. 185-186.

⁸ Ion Vartic, *Cioran ingenuo y sentimental*, Mira, Madrid. 2009, p. 166.

⁹ Catalina Elena Dobre, *op. cit.*, p. 23.

cuán salutíferas resultaban sus letras para sus ávidos lectores. Al menos eso puede deducirse de sus *Conversaciones*, especialmente de la que sostuvo con el escritor alemán Gerd Bergfleth: “*Los poetas tienen, por decirlo así, una conciencia que se expresa en lugar de la suya, mientras que usted, por su parte, habla como autor*. Es falso [explica Cioran]. Si lo hiciera como autor, hablaría de lo que escribo. No es así. De lo que yo hablo es de mis exasperaciones y mis estupores más o menos cotidianos, lo que, al fin y al cabo, hasta una criada podría comprender”.¹⁰

Cioran, siempre que tenía oportunidad, subrayaba el efecto terapéutico de sus textos. Como se muestra en una carta dirigida a su “amiga” Friedgard Thoma: “«Me alegra que no me considere “destructivo”. Siempre he tratado de ayudar a mis... semejantes mostrando cómo se puede soportar lo intolerable»”.¹¹ Un ejemplo más. Cuando el filósofo rumano Gabriel Liiceanu le cuestionó por el propósito de insistir en un pensamiento que resalta la inanidad de la existencia, él le reveló que, paradójicamente, sus libros favorecían el autoconocimiento de quienes lo leían. “*Pero, dígame, ¿cómo puede ayudar una obra que propugna la inutilidad y el desatino? Ayuda [objeta Cioran] porque formula cosas que los demás sienten, aunque no puedan expresarlas. Ayuda porque, de repente, los otros son conscientes de lo que sienten. Los ayuda a reencontrarse con ellos mismos*”.¹² Y, líneas adelante, Cioran añade: “Por las cartas que recibo, principalmente de los jóvenes, resulta que los hombres se enteran de una experiencia a partir de *mi* modo de formularla, de una experiencia que incluso un imbécil puede tener”.¹³ De esta charla con Gabriel Liiceanu deseo rescatar un par de ideas. Primera: el talante común del pensamiento cioraniano. Segunda: después de todo, Cioran no era tan renuente al escrutinio; incluso gozaba al saberse medianamente conocido. Condescendía —como cualquier ser humano— frente al encomio, aunque fuese el de unos cuantos descarriados. No olvidemos que en *La caída en el tiempo* escribió que: “Si cada quien confesara su más secreto

¹⁰ Cioran, *Conversaciones*, p. 116.

¹¹ Citado por Oriol González Fábregas en *Abandonar Coasta Boacii. Cioran. Una época en fragmentos*, Ediciones del Subsuelo, Barcelona, 2022, p. 215.

¹² Gabriel Liiceanu, *E. M. Cioran. Itinerarios de una vida*, Ediciones del Subsuelo, Madrid, 2014, p. 99.

¹³ *Ibidem*, p. 110.

deseo, aquel que inspira todos sus proyectos y todas sus acciones, diría: «Quiero ser elogiado»¹⁴.

Por otro lado, respecto a la pertinencia de dialogar sobre un *no-filósofo*, considero que la obra cioraniana es cabalmente filosófica. Cioran fue un filósofo genuino en virtud de que criticó con mordacidad no solo sus propios asideros mentales, sino los cimientos ideológicos sobre los que se yergue la civilización occidental. Huelga decir que mi aseveración es cualquier cosa, salvo novedosa. Cioran conocía bastante bien el talante filosófico de sus letras. En la *carta-prefacio* que redactó, para prologar la tesis doctoral de Fernando Savater, dio cuenta de su peculiar concepción de la filosofía. “Hemos llegado a un punto de la historia en que es necesario, creo, ampliar la noción de filosofía. ¿Quién es filósofo? El primero en llegar *roído* por interrogaciones esenciales y contento de estar atormentado por una lacra tan notable”.¹⁵ El filósofo, desde su perspectiva, está obligado a ejercitar su filosofar: ha de haber un maridaje indisoluble entre su decir y su hacer.

Partiendo de esta premisa, decidí hacer del carácter vivencial de su filosofar otro de los pretextos de este ensayo porque Cioran hizo suya la querella (tan contemporánea como clásica) acerca de la *utilidad* de la filosofía. Puso sobre la mesa las sempiternas disquisiciones en torno al propósito del filosofar. A diferencia de muchos de sus *colegas*, dejó de ocuparse teóricamente por la “Verdad” (con mayúsculas) y se preocupó existencialmente del “sentido” (minúsculo) de su vida. “Hoy el problema del conocimiento ha pasado a ser accesorio; lo que está en primer plano es la forma de abordar la vida, la cuestión de cómo soportarla. A fin de cuentas, solo conozco dos problemas: cómo soportar la vida y cómo soportarse a sí mismo. No hay misiones más difíciles”.¹⁶ Quien lo haya leído advertirá que sus congojas no se ciñeron a la fría erudición, sino que se orientaron a exhibir el sinsentido existencial. “No se puede eludir la existencia con explicaciones, no se puede sino soportarla, amarla u odiarla, adorarla o temerla, en esa alternancia de felicidad y horror que

¹⁴ Cioran, *La caída en el tiempo*, Laia/Monte Ávila, Barcelona, 1988, p. 81.

¹⁵ Cioran, “Carta-prefacio”, en Fernando Savater, *Ensayo sobre Cioran*, Espasa Calpe, Madrid, 1992, p. 18.

¹⁶ Cioran, *Conversaciones*, p. 200.

expresa el ritmo mismo del ser, sus oscilaciones, sus disonancias, sus vehemencias amargas o alegres”.¹⁷

Obviamente, su actitud *antiacadémica* le granjeó el desaire de bastantes filosofantes, quienes no dudaron en tildarlo de irracionalista. Sin embargo, no encuentro en su proceder nada de irracional. Por el contrario, lo más propio de la razón consiste en desmentir sus sinrazones y en desmontar sus florituras ideológicas: “... las ideas se nos borran poco a poco cuando fijamos sobre ellas el reflector implacable de la lucidez. Más que proporcionar nuevas ideas, lo que el verdadero pensamiento hace es quitarnos la mayoría de las que tenemos por sólidas y arraigadas”¹⁸. En todo caso, lo verdaderamente irracional sería que la inteligencia se apoltronase en certezas irrefutables, porque se tornaría tan oscura como dogmática. Para decirlo con Fernando Savater, Cioran: “Combate la claridad sin sombras con la claridad de las sombras, la aprobación que respeta todo lo respetable y no hace leña más que del árbol caído con la reivindicación de lo indefendible y el desnuesto de lo unánimemente ensalzado”.¹⁹

Separarse de España es... separarse de sí mismo

Aprovechando que nuestro *Encuentro* sobre Cioran se realiza en España —tierra especialmente amada por él—, para hablar, aunque sea brevemente, de su pasión por la patria de Miguel de Unamuno: “España representa para mí la emoción en estado puro. Uno no puede entenderse con los campesinos franceses o alemanes, por no hablar de los ingleses, pero en España, como sucede también en Rumania, el pueblo llano existe”.²⁰ Aunque los elogios de Cioran hacia París son bien conocidos, además de que decidió morir en la ciudad luz, fue un apasionado habitante del Barrio Latino, suburbio al que a pocos meses de su llegada le ofrendó, cual declaración amorosa, estas palabras: “Cuando uno contempla un bulevar parisino al anochecer, o en esas mañanas de niebla difusa y azu-

¹⁷ Cioran, *Adiós a la filosofía y otros textos*, Alianza, Madrid, 2009, p. 128.

¹⁸ Savater, “E. M. Cioran: para agravar nuestros males”, en: Fernando Savater, *La piedad apasionada*, Ediciones Sígueme, Salamanca. 1977, p. 71.

¹⁹ *Ibidem*, p. 77.

²⁰ Cioran, *Conversaciones*, p. 95.

lina, pareciera que hasta los labios de un carnicero remedan un verso de Baudelaire. Heine decía que el buen Dios, cuando se aburre en los cielos, contempla los bulevares de París”.²¹ Sin embargo, es poco sabido que el país de Valery fue su segunda opción para emigrar. En realidad, en su mocedad soñaba con trasladarse a España, pero el estallido de la guerra civil se lo impidió. Dos meses antes de que se consumara el conflicto bélico, solicitó una beca a la embajada española para estudiar en Madrid —sobra decir que no recibió respuesta alguna—. “La verdad es que no quería venir a París. España... Me fascinaba por completo. Había leído a Unamuno, todos aquellos títulos... Y la única satisfacción que tuve después de la guerra, en cuanto Franco desapareció, fue ver España”.²²

Cioran sentía especial debilidad por la enfebrecida religiosidad española. Para él, la mística hispánica fue un momento divino en la historia de la humanidad. En su libro *Lágrimas y santos* habló intensamente de los conventos, de la locura y de la melancolía de las santas españolas, quienes, ejercitándose en el cultivo de lo insensato, mostraron que el vértigo es la temperatura “normal” del ser humano. “Cuanto más normal se es, más lejos se está de la verdad y tanto más cerca de la vida. ¿Qué interés funesto tendríamos en turbar el equilibrio de la ebriedad o en iluminar el delirio? ¿No deseáramos, todos, poder estar completamente ebrios de vida, dominados por ilusiones delirantes?”²³

La idea de destino de los españoles fue otra de las debilidades de Cioran. En sus *Conversaciones*, refiere haber escuchado durante sus viajes a España las mismas cantinelas: tragedias, derrotas, fracasos, destino, decadencia..., para él, la tierra de Don Quijote estaba embelesada con su ocaso, se había preñado de un peculiar masoquismo histórico y de un raro narcicismo derrotista. España, cual Narciso, se extasiaba frente al reflejo de su magnánimo pasado y de su estropeado presente. “En España, la nostalgia está como en su casa, toda la vida está aquí atravesada por una corriente subterránea de penas y gritos desgarradores, de lamentos cantarines y melodiosos llantos”.²⁴ Contagiado por la nostalgia de su España, siempre extrañó los paradisiacos paisajes, las charlas de los campesinos

²¹ Cioran, *Soledad y destino*, Hermida Editores, Madrid, 2019, p. 361.

²² Liiceanu, *op. cit.*, pp. 129-130.

²³ Cioran, *Lágrimas y santos*, Hermida Editores, Madrid, 2017, p. 194.

²⁴ Cioran, *Cuaderno de Talamanca*, Pre-textos, Valencia, 2002, p. 23.

y las coplas andaluzas. Incluso, en sus *Cuadernos*, confesó canturrear de vez en cuando canciones españolas para olvidar sus desconsolados paseos por los jardines de Luxemburgo. “De todos los países de Europa, el predilecto de Cioran, su obsesión, su límite y su infierno, es España. Leyéndole, se hace necesario que tal cosa como España exista [escribió su amigo Fernando Savater]”.²⁵

Emil Cioran y Agustín García Calvo: dos disidentes coetáneos

Concluí el apartado anterior con una cita de Fernando Savater por un par de motivos. El primero de ellos es agradecerle por darnos a conocer a Cioran a los lectores hispanoparlantes. Savater cuenta que comenzó a “trabajar” en la traducción de los libros del pensador rumano-francés *motivado* paradójicamente por la dictadura española de los años setenta: “Si la dictadura franquista no se hubiera molestado en expulsarme de la Universidad Autónoma de Madrid, cegando mi modesta fuente de ingresos, yo no hubiera necesitado hacer traducciones para vivir y ustedes hubiesen tenido que esperar bastantes años para leer a Cioran, salvo que lo leyeran en francés.”²⁶ La aventura de Savater como traductor de Cioran se dio *grosso modo* bajo las siguientes circunstancias:

[...] elegí como víctima de la primera traducción de mi vida *Précis de décomposition*, el libro con el que Cioran comenzó su carrera de escritor en Francia. [...] Luego, animado por el sorprendente eco público de esa primera traducción (que culminó cuando un camarero del bar de la facultad de filosofía me preguntó si pensaba traducir algún otro libro de Cioran, anécdota que encantó al autor), me dediqué al que había sido mi primer contacto con su obra: *Le mauvais demiurge*. [...] De este modo logré que aparecieran en castellano y en una editorial de primera fila varias obras de mi mentor.²⁷

²⁵ Savater, “Sobre E. M. Cioran”, en E. M. Cioran, *Breviario de Podredumbre*, Taurus, Madrid, 2014, p. 19.

²⁶ Savater, “Cioran, el último gnóstico”, en *El aciago demiurgo*, Círculo de lectores, Barcelona, 1998, p. 5.

²⁷ Savater, “Mi vuelta a Cioran”, en *Ensayo sobre Cioran*, pp. 12-13.

Sin embargo, la relación entre Cioran y Savater no se limitó a lo estrictamente profesional; entre ellos floreció una amistad que duraría poco más de dos décadas, hasta la muerte del pensador rumano-francés (el 21 de junio de 1995). “Traté a Cioran durante más de veinte años. Nos escribíamos con frecuencia y yo le visitaba siempre que iba a París, una o dos veces por año. Me dispensaba una enorme amabilidad y paciencia, supongo que incluso con cariñosa resignación”.²⁸

El otro motivo por el cual he citado alegremente a Fernando Savater en el cuerpo de este ensayo (además de que, a mi juicio, el mejor libro que se ha escrito en castellano sobre el pensador apátrida es el *Ensayo sobre Cioran*, de Savater: Cioran se suscribía a esta opinión), obedece a un impulso más nostálgico que objetivo, propiamente hablando. Para terminar este artículo, me gustaría mencionar a los dos maestros intelectuales de Fernando Savater, a saber: Emil Cioran y Agustín García Calvo. Aunque la filiación de Cioran y Savater es bien conocida, no obstante, poco se ha hablado últimamente de la relación de Savater con García Calvo. Fernando Savater en su juventud fue un asiduo asistente a los seminarios dirigidos por Agustín García Calvo (en la Academia de la calle Desengaño, en Madrid), donde se dialogaba acerca de Lucrecio, Parménides y Heráclito. “De Agustín [escribió Fernando Savater] puedo decir, como Beckett en *Assez*: «Todo lo que conozco me viene de él.»”.²⁹

A comienzos de la década de los setenta, Savater presentó como tesis doctoral, en la Universidad Complutense de Madrid, un trabajo a propósito del por entonces ignoto Emil Cioran y se la dedicó al célebre Agustín García Calvo: “En las pocas manzanas de casas parisinas que abarcan el 30 de la rue de Bièvre y el 21 de la rue de l’Odéon tengo a las dos personas que más decisivamente han influido en mi vida intelectual, o, mejor, en mi vida sin más. Esta tesis trata del pensamiento de una de ellas; es justo que vaya dedicada a la otra”.³⁰ Me gusta pensar que, por mediación de su discípulo común, ambos pensadores se leyeron. (En uno de los “Apéndices” de su *Ensayo sobre Cioran*, Fernando Savater

²⁸ Savater, “El asombro de Cioran”, en *Figuraciones más. Sobre el gozo de leer y el riesgo de pensar*, Ariel, Barcelona, 2014, p. 18.

²⁹ Savater, *La filosofía tachada*, Taurus, Madrid, 1978, p. 84.

³⁰ Savater, *Ensayo sobre Cioran*, p. 23.

Menciona haber debatido con su maestro español algunos postulados de *Del inconveniente de haber nacido*, de Cioran). Cabe sospechar que también a través suyo se detestasen, según puede inferirse de las letras del mismo Savater: “Siempre me ha dolido que, en la mayoría de los casos, mis amores se hayan detestado entre sí y hasta *a través* mío...”³¹

Aunque ninguno hace mención del otro (y por antitéticos que sus estilos parezcan), comulgo con Savater en que sus preocupaciones son afines. “La obra de Cioran, uno de los mejores orfebres de la prosa francesa de este siglo, también está marcada —como la de García Calvo— por el signo de la negación. Un alma feroz y desengañada, de tamaño mayor que el normal, provista de un instrumental estilístico de absoluta precisión”³². Aclaro que de ninguna manera pretendo insinuar que la obra de Cioran armoniza con la de García Calvo, pues, si bien es cierto que ambos son indefinibles, también es verdad que nada los define mejor que la claridad y el rigor empleados en sus letras. Uno y otro son harto precavidos de las palabras que utilizan, y de las que se dejan utilizar. Sea como fuere, en los últimos años me he acercado fascinado a la obra de Agustín García Calvo porque —por disímiles que sean— juzga, al igual que Cioran, que la peor farsa ideada por el ser humano es la de su *maldito yo*. Asimismo, coinciden en que ese guirigay sangriento que a diario malvivimos es el corolario de las miserias impuestas por la horda de criminales que nos esclavizan..., que nos matan en nombre de la Humanidad, dentro de eso que, con petulancia, denominan Realidad. “Cualquier forma de humanismo, de humanitarismo, cualquier forma de creencia en el Hombre, creer que, en virtud de esa creencia en el Hombre, pueda hacer uno bien a sus prójimos, todo eso, aunque no lo parece, es una colaboración con el Poder, con la misma Administración de la Muerte”³³.

Por otro lado, Savater se expresó detallada y afectuosamente de sus dos mentores en sus libros *A decir verdad* y en *Mira por dónde: autobiografía razonada* (Taurus, Madrid, 2003). Asimismo, en *Heterodoxias y contracultura*, les dedicó un apartado titulado: *Dos heterodoxos ejem-*

³¹ Savater, *A decir verdad*, Fondo de Cultura Económica, Madrid, 1987, p. 17.

³² *Ibidem.*, p. 20.

³³ Agustín García Calvo, *Contra el Hombre*, Fundación de estudios libertarios Anselmo Lorenzo, Sevilla, 1997, p. 44.

plares: E. M. Cioran y A. García Calvo, en el que los considera como los pensadores que mejor encarnan la figura de la discrepancia radical en la cultura contemporánea. A su maestro rumano lo describió bajo los siguientes términos: “Cioran pasa revista cruel a nuestras convicciones y nos va aligerando a zarpazos de ellas; al mismo tiempo, va dando voz a nuestros más íntimos temores. Lo más curioso es que el resultado de este ejercicio no es el agobio o el decaimiento, sino una especie de extraña exaltación, una característica ligereza que nos hace sentirnos absurdamente vivos *más allá de todas nuestras razones para vivir*”³⁴. Mientras que a su preceptor español le dedicó estas líneas: “García Calvo ha sostenido y sostiene una larga batalla contra la seducción afirmativa del lenguaje, contra las creencias que su propia estructura nos impone hasta cuando pretendemos con más brío rechazarlas. Solo la negación es abierta y libre: lo demás —Yo, Mundo, Revolución, Ciencia, Justicia, Dios...— todo son *ideas*, es decir, una fraudulenta combinación de mentira y realidad”.³⁵

Continuando con las crónicas en las que Savater habló de sus dos maestros, traeré ahora a cuento una anécdota —aludida por José Luis Rodríguez, en su libro *Plieques de la razón moderna. (De Descartes a Cioran)*, (Mira Ediciones, Madrid, España, 1993)—, en la que el ensayista vasco hizo de sus mentores los personajes secundarios de su novela *Caronte aguarda*. Cioran fue personificado en el capítulo séptimo, titulado *El apátrida*, por un carismático rumano (¡errante, por supuesto!) llamado Aquiles Popescu, quien:

Era un conversador exigente y elegantemente retórico; dejaba caer en tono casual o inspirado, pero siempre como improvisado, opiniones sagaces muy bien formuladas, que evidentemente había pensado o leído mucho antes y que debía haber repetido con delectación docenas de veces. Prefería lo paradójico a lo irrefutable y le gustaba armonizar con una punta de misterio, que jamás aclaraba, sus observaciones más generales, como si cada una de sus frases tuviera como sombra otra que nunca se formulaba y que

³⁴ Savater, “Dos heterodoxos ejemplares: E. M. Cioran y A. García Calvo”, en *Heterodoxias y contracultura*, p. 82.

³⁵ *Ibidem*, p. 83.

hubiera sido imprescindible para entenderla plenamente. [...] el magnetismo del *apátrida*, cuyo aplomo y contundencia expresiva era capaz de ganarle la postrera atención de un condenado a muerte... le había anestesiado con sus teorías del mismo modo que un confesor emboba al reo con sus edificantes doctrinas para que no advierta la proximidad de la hora fatal.³⁶

Agustín García Calvo fue representado en el capítulo décimo, titulado *Felix Culpa*, con los distintivos rasgos de un recalcitrante anarquista español (¡claro está!), cuya personalidad:

Tenía el encanto, entre otros muchos, de sostener categóricamente ideas que, por lo general, se presentan como inconciliables: cientificista dogmático, de los que ya quedan pocos, abominaba cordialmente y sin reservas del progreso y sus supuestos adelantos [...] El viejo anarquista era un obseso a su modo de la «crítica de la vida cotidiana» y de vez en cuando la tomaba con alguno de los adminículos de la modernidad, al que dotaba con la representación plena de los diabólicos designios de los Dueños del Mundo. [...] Ahora su santa cólera se concentraba en los secadores por aire caliente que han sustituido en algunos establecimientos a las tradicionales toallas [...] ¿Qué se pretende con la invasión de esos cachivaches tan inútiles como engorrosos y no me extrañaría que hasta caros? Yo te lo diré. En primer lugar, convencernos de nuestra dependencia de la máquina hasta para lo más obvio y superfluo. Ni secarnos las manos solos podemos; pronto habrá un dispositivo electrónico que nos limpie el culo después de cagar...³⁷

Llegados a este punto, es probable que alguien me recrimine mi simpatía por Fernando Savater. Sucede que gracias a él los hispanohablantes conocimos a Cioran (de ello hablé líneas arriba). Además, considero al ensayista vasco como una de las máximas autoridades filosóficas contemporáneas, pese a la mala prensa que se ha granjeado entre el airado gentío de profesores universitarios, quienes, movidos por el glacial encono que provocan las apabullantes ventas de sus libros, pretenden negarle el

³⁶ Savater, *Caronte aguarda*, Suma de letras, Madrid, 2001, pp. 141, 150-151.

³⁷ *Ibidem.*, p. 198-202.

ampuloso título de filósofo, reproche que él acepta de buena gana, dicho sea de paso. “*Usted es un filósofo best-seller, lo que genera el desprecio de algunos de sus colegas quienes consideran que su popularidad se debe a trivializar la filosofía. ¿Es posible pensar con rigor y alcanzar la popularidad?* Me parece que dentro de la filosofía moderna hay autores que son muy complejos y sin embargo resultan triviales. O sea que la idea de que la complejidad exculpa a la trivialidad es falsa”.³⁸ Pienso que Savater es uno de esos espíritus raros —¡y más en filosofía!— de los que, a pesar de su sencillez de expresión (o quizá, precisamente, por ella) siempre se *comprende* algo. Jamás se pierde el tiempo leyéndolo. “Prefiero ser coadjutor de sólidas obviedades [dice Savater] que nigromante de profundidades que nadie comprende de buenas a primeras y que cesan de ser interesantes en cuanto se entienden”.³⁹

Termino, pues, con las referencias de los maestros intelectuales de Fernando Savater, reseñando la que quizás fuera la única ocasión en la que Agustín García Calvo aludió a Emil Cioran. Debo decir que hasta ahora no he localizado en los textos de Cioran ninguna noticia sobre el escritor de Zamora (*a decir verdad*, son escasas las veces en las que Cioran menciona a alguno de sus contemporáneos, dada su especial predilección por pensadores ajenos a su tiempo). Ahora bien, en las *Cartas de negocios de José Requejo* (Lucina, Zamora, 1981) de García Calvo (que no es sino el compendio de una correspondencia imaginaria entre él y Savater) me encontré con algunas líneas, posiblemente referidas a Cioran. En ellas el pensador zamorano cuenta cómo a finales de la década de los sesenta, por circunstancias de variada índole, su pupilo se apartó de él y de sus clases en la Academia de la madrileña calle Desengaño. En realidad, el comienzo de su separación se debió a las represiones ejercidas por la dictadura española de entonces (García Calvo fue expulsado de la universidad por simpatizar con los movimientos estudiantiles) y se consumó más tarde bajo el pretexto de la publicación de un escritor norteamericano (un tal señor Stone)⁴⁰ en torno a Sócrates. En último

³⁸ Savater, “Soy un pesimista que actúa”, en Carlos Alfieri, *Conversaciones*, Kats, Madrid, 2008, p. 118.

³⁹ Savater y José Luis Pardo, *Palabras cruzadas. Una invitación a la filosofía*, Pre-textos, Valencia, 2008, p. 46.

⁴⁰ Cfr. García Calvo, “¡Viva Sócrates!”, en *Que no, que no*, Lucina, Zamora, 1998.

término, su ruptura fue inevitable, pues quien se abraza ciegamente al maestro, corre el riesgo de convertirse en su feligrés. En todo caso, la mejor prueba de fidelidad para con el preceptor —y para con el ejercicio de lucidez— estriba en el rompimiento. De otra manera, el pensamiento se vuelve credo.

Sea como fuere —los otrora alumno y maestro—, luego de su obligado distanciamiento en la capital española, volverían a coincidir como vecinos en el Barrio Latino de París, aunque en esta ocasión el filósofo vasco como afanoso escucha de las disertaciones del sabio Emil Cioran. Agustín García Calvo relata la diligencia de Savater para con aquél como sigue: “... allá en su buhardilla de al pie de San Sulpicio pasaba elucubrando las horas que le permitían el frío y los amigos o sus propias desazones, y por lo demás, yendo a oír a salto de mata las disertaciones de *algún sabio*, hurgando en las bibliotecas o despotricando en el café cada vez que se le terciaba”.⁴¹ Es muy probable que el sabio del que habla el pensador zamorano sea Emil Cioran. Sabemos que Fernando Savater viajó a la ciudad luz especialmente para conocerle, pues, luego de leerlo por vez primera, sintió *el flechazo del amor a primera página*.

⁴¹ García Calvo, *Cartas de negocios de José Requejo*, p. 20.

El desencanto sublime. Contribuciones entorno a la obra de E. M. Cioran.

Se terminó de editar en diciembre de 2025

en los talleres de Astra Ediciones

Av. Acueducto No. 829

Colonia Santa Margarita, C. P. 45140

Zapopan, Jalisco, México.

33 38 34 82 36

E-mail: edicion@astraeditorial.com.mx

www.astraeditorialshop.com

Esta obra es una colección de artículos escritos durante el año 2023 en torno a la figura de E. M. Cioran, cuya variedad de temas no solo da testimonio de la riqueza de enfoques que, desde la diversidad, confluyen y ofrecen un retrato minucioso de Cioran, sino que también deja constancia del alcance mundial de su obra. En ella participan autores de cuatro continentes (África, América, Asia y Europa) y de más de una decena de países (México, Rumania, Francia, España, Brasil, Colombia, Italia, Japón, Países Bajos, Estados Unidos y Túnez), con textos escritos en siete idiomas: rumano, francés, español, italiano, portugués e inglés.

Cabe mencionar que el espíritu de este tejido de colaboraciones se aleja de ser una compilación académica habitual, pues encontramos en sus participantes una auténtica fascinación por la obra y figura de Cioran, lo que da como resultado un conjunto de trabajos que reflejan un gran esfuerzo de investigación y documentación. Por ello, tanto el lector interesado en acercarse a la obra de Cioran como quien desee profundizar en ella podrá servirse del presente libro para satisfacer sus inquietudes respecto a uno de los pensadores más lúcidos e inusitados de las últimas décadas.

ISBN: 979-13-88142-06-2



9 791388 142062



Consulta y descarga

